

PUBLICACIONES

La aspiración gitana de Irving Brown

El Centro de Estudios Andaluces recupera, con prólogo de Enrique Baltanás, las anotaciones de este viajero norteamericano fascinado por los calés

INMACULADA SÁNCHEZ

■ SEVILLA. Irving Brown acostumbraba a tomar baños de sol en el frío lago de Mendota (Estados Unidos). Su obsesión era sólo una: quería convertirse en gitano. Tiempo después, ya con la tez bronceada, puso rumbo a Barcelona para, desde la ciudad condal, bajar hasta el sur de la península y conocer así la vida gitanesca. Las reflexiones de aquella odisea las compiló posteriormente en un libro que ahora ve la luz traducido por primera vez al español, *La senda gitana* (Renacimiento), gracias a la iniciativa del Centro de Estudios Andaluces y con prólogo de Enrique Baltanás.

APORTACIONES

Brown creía que Estados Unidos era la patria gitana ideal porque tenía el medio idóneo para la vida salvaje

Tal vez, de todos los viajeros que durante el siglo XIX acudieron a España en busca de contrabandistas, majas y gitanas canasteras, Irving Brown sea uno de los más desconocidos. Brown (1888-1949) fue profesor de la Columbia University y traductor al inglés de las novelas de Blasco Ibáñez. Su atracción por lo calé surgió ya en la infancia, cuando en su Norteamérica natal quedó engatusado por los "enormes zarcillos" y los "pañuelos color escarlata" que lucían las gitanas. "Durante mucho tiempo las estuve siguiendo a distancia, a pesar del temor que me inspiraban y las leyendas que

corrían acerca de sus raptos. Quizá, de algún modo, yo estaba deseando que alguna vez me raptaran, pues lo cierto es que el arrepentimiento de no haberlas seguido hasta más lejos me atormentó durante años", recogió el antropólogo en sus páginas.

Aquella persecución fallida se trocó finalmente en exitosa cuando muchos años después viajó a Andalucía en busca de los gitanos españoles. La libertad, el misterio, la fantasía y el rechazo a la vida rutinaria eran los embrujos de la tradición gitanesca que hechizaron a Brown. Hasta el punto en que la realidad motivó en el viajero una profunda decepción. "Cuando llegó a Triana quedó muy desencantado porque consideraba que sus gitanos estaban demasiado *agachonados*. Entonces dirigió sus pasos hacia la provincia, a localidades como Coria y Guadix, para buscar a otros más auténticos", ilustra el profesor de Filología Hispánica de la Universidad de Sevilla Enrique Baltanás.

A lo largo del año largo que Brown paseó por estas tierras recorrió con verdadero entusiasmo la mayoría de las grandes ciudades andaluzas (Córdoba, Granada, Cádiz, Jerez, Guadix, Antequera...) extendiendo su hoja de ruta hasta Marruecos. "Quizás el de Tánger sea uno de los capítulos más exóticos del libro", valora el estudioso, quien recuerda

que Brown acudió hasta el otro continente en busca de la pureza de lo oriental, tipismo que nunca llegó a captar por más que lo intentó. Así, en su capítulo sobre Tánger, narra como, tras mucho insistir en ver un espectáculo de danza árabe, lo más que consiguió fue una bailarina española de tercera clase que en un café cantante "donde se mezclan moros y europeos" salía a bailar "una aburrida danza del vientre proclamando con voz cascada ¡soy mora!, ¡soy gitana! o ¡soy de Córdoba! según su atrezo". Esa misma contradicción marcó cada una de las etapas de su viaje ya que, no en vano, "Brown no se movió por España en carromatos ni por senderos sino en ferrocarril", recuerda Baltanás.

A pesar de ello, el esta-

dounidense no se privó de hacer su propia investigación antropológica a propósito del flamenco y el toreo. Entre los primeros se movió con holgura conociendo a primeras figuras del cante como a la Niña de los Peines mientras que de los segundos quedó deslumbrado por Joselito, al que conoció cuando éste contaba con tan sólo 17

años en una corrida de Miura que organizaba la Macarena.

Más allá del tópico, Brown aportó un tanto de frescura con su particular concepción de la que debía ser la patria gitana por excelencia: Estados Unidos. "El creía que Norteamérica era el país ideal para los calés no sólo porque allí había gitanos de todo el mundo, sino por ser el medio idóneo para la vida salvaje. Incluso, consideraba que el automóvil, fetiche del *american way of life*, era el *no va más* del vagabundeo y el contacto con la naturaleza que propiciaba la vida en el carromato", recuerda Baltanás.

Éste es el primero de los textos que se traduce -a cargo de Victoria León- de Irving Brown al español (el profesor universitario también imprimió sus observaciones sobre *El arte jondo* y los gitanos americanos). *La senda gitana* se presentará el próximo miércoles (a las 20.30) en la Casa del Libro.

ARTE JONDO.

El traductor de Blasco Ibáñez investigó el flamenco y el toreo gitanos.

